

[www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

**DULCE CHACÓN**

Háblame, musa, de aquel varón

punto de lectura



**Dulce Chacón** (Zafra, 1954-Madrid, 2003), poeta y novelista, publicó los libros de poemas *Querrán ponerle nombre* (1992), *Las palabras de la piedra* (1993), *Contra el desprestigio de la altura* (Premio de Poesía Ciudad de Irún 1995) y *Matar al ángel* (1999), todos ellos recogidos en el volumen *Cuatro gotas* (2003). Como narradora publicó las novelas *Algún amor que no mate* (1996), *Blanca vuela mañana* (1997), *Háblame, musa, de aquel varón* (1998) —que componen la *Trilogía de la huida*—, *Cielos de barro* (Premio Azorín 2000) y *La voz dormida* (2002), Premio al Libro del Año 2002 del Gremio de Libreros de Madrid. También es autora de la obra de teatro *Segunda mano* (1998) y de la versión para la escena de *Algún amor que no mate* (2002). Su obra se ha traducido a varios idiomas.

DULCE CHACÓN

Háblame, musa, de aquel varón

Título: Háblame, musa, de aquel varón

© Herederos de Dulce Chacón

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: septiembre 2007, Punto de Lectura, S.L.

*Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)* [www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-6915-2

Depósito legal: B-35.579-2007

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Ordaks

Fotografía de portada: © Mark Wright / Getty Images

Fotografía de la autora: © Chicho

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

... hasta su misma caída fue para él  
sólo un pretexto de ser: su nacimiento  
último.

RAINER MARIA RILKE

*A Miguel Ángel*

*A Sharon y Pepe*



*A mi madre, y a mi padre.*



Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vio poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el ponto, en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria. Mas ni aun así pudo librarlos, como deseaba, y todos perecieron por sus propias locuras. ¡Insensatos! Comiéronse las vacas del Sol, hijo de Hiperión; el cual no permitió que les llegara el día del regreso. ¡Oh diosa hija de Zeus!, cuéntanos aunque no sea más que una parte de tales cosas.

HOMERO  
*Odisea*



## PRIMERA PARTE



Habito donde la ciudad dormita  
y se demora en largos suspiros,  
en los campos de lágrimas,  
en un lecho que tiene por frazada el llanto,  
en el angosto corredor  
que se abre entre el cielo y sus párpados.  
... Murió el grito del retorno.

ADONIS



Tú nunca le pediste que te hablara de Ulises. Ahora ya es tarde. La fatalidad te ha enseñado que las palabras que evitabas decir, y también las que dijiste, forman parte de la distancia que alimentó el desprecio de Matilde hacia ti.

—Adrián —ella tenía que repetir siempre tu nombre—, Adrián.

—¿Me llamabas? —contestabas sin mirarla.

—Sí. Quería decirte que.

—¿Cómo?

—Que quería decirte que —tú seguías sin mirarla.

—¿Qué?

Y ella se cansaba de repetir.

—No, nada.

Gozaste del amor de tu esposa, durante casi dos años. La amaste, y ella te amó. Matilde no había comenzado a juzgarte, y tú aún no dudabas del amor de Matilde.

Tus limitados ingresos te permitían pagar tan sólo una habitación realquilada con derecho a cocina. Tiempos de penuria económica. Y ahora te preguntas, al recordar aquella escasez, si realmente erais felices. ¿Lo erais? ¿No os lo inventasteis? ¿No era más fácil afrontar las dificultades

siendo «felices»? Malabarismo. Hicisteis juegos malabares con la palabra felicidad. Fuisteis cómplices. Y dejasteis de serlo.

Tú vivías en paz con tus grandes aspiraciones literarias y Matilde sin ninguna gran aspiración. Hasta que llegó Ulises. Tus sueños se convirtieron en codicia y no pudiste confesarlo. Entonces fue cuando ella comenzó a sentir el silencio. Y empezaste a perderla. Matilde encontró la complicidad en una tercera persona; y al tiempo, y de forma paulatina y severa, se fue llenando de desprecio hacia ti.

Tú lo sabes, y por eso no puedes dormir. Sabes que el origen de su huida debes buscarlo en la primera cena con Ulises, a la que tú la obligaste a acompañarte.

—No quiero ir a esa cena —fue un ruego lo que ella te hizo.

Cuántas veces te había acompañado a los encuentros con tus colegas, cuántas. Matilde os escuchaba en silencio, convencida de que su opinión carecía de importancia; nadie se la preguntaba ni a ella le inquietaba expresarla. Se mantenía al margen a sabiendas de que su presencia pasaba desapercibida, a todos, excepto a ti. Ella nunca se negó a acompañarte, sabía que la llevabas para asegurarte un espectador, atento siempre a tu discurso. A Matilde le gustaba agradarte, te escuchaba, reía tus bromas, y a ti te bastaba su risa y su silencio, su discreción.

Ella sabía que alardeabas de mujer hermosa. Eso no le importaba. Pero esta vez era una reunión de trabajo. Un famoso productor había leído el ensayo sobre la *Odissea* que publicaste en una revista literaria; tu propuesta le resultó ambiciosa, y quiso conocerte. Así es como te ofreció escribir el guión de su próxima película, realizar

tu sueño. Tú le habías hablado a Matilde de Ulises con admiración. Lo describiste como un gran conversador, un productor culto, inteligente, irónico y mordaz. Ella temía encontrarse con él. Insistió en su ruego:

—Los tres solos..., si fuera más gente... Mejor yo no voy.

—¿Cómo?

—Que mejor vayas tú solo.

—Ulises es muy amable. No tienes ni siquiera que hablar, no te preocupes. Ponte guapa, ya verás, se quedará impresionado.

Tú obligaste a tu mujer a acudir a esa cita. Ponte guapa, le dijiste. Y se puso el único vestido de noche que tenía. Estaba realmente hermosa. La recuerdas así, hermosa. Seda negra resbalando hasta sus pies calzados con tacones altos. La recuerdas, durante la cena, sujetándose sobre los hombros semidesnudos el chal blanco que le trajeron de Turquía, alguien, no sabes bien quién, su madre, su hermana, tú mismo, quizá.

Después de cenar, Ulises os invitó a una copa en su casa. Te interesaba ir, hablaríais del guión, y aceptaste sin consultar a Matilde.

—Lo siento —había dicho Ulises—, el coche sólo tiene dos plazas.

—Ve tú, Matilde. Yo cogeré un taxi.

La recuerdas subiendo al automóvil. Se inclinó para entrar, y viste su cuello más largo que nunca, su nuca despejada. Puedes ver incluso el pasador que adornaba su pelo recogido en un moño. Tu regalo en vuestro primer aniversario de boda. La plata destacaba en su cabello rojizo.

No quisiste ver la rabia en sus ojos mientras cerrabas la portezuela del automóvil, no la miraste.

Y ahora te preguntas qué pasó entre ellos en ese espacio que no te pertenece, que no compartiste con ella. Por qué no le pediste esa misma noche que te hablara de Ulises, por qué dibujaste con tu silencio una línea infranqueable.

El taxi en el que viajabas chocó contra un turismo; tú esperaste sentado en el interior hasta que los conductores terminaron de discutir. Tranquilo. Tardaste demasiado en llegar.

De qué hablaron durante aquel primer encuentro, los dos solos, mientras te esperaban más tiempo del previsto.

Y ahora no puedes dormir.

Tal vez si le hubieras pedido que te lo contara, habrías sabido entonces que el chal de Matilde resbaló de su hombro y cayó sobre la palanca de cambio; y que antes de que ella lo advirtiera, Ulises se lo colocó:

—Va vestida de ajedrez.

Matilde se sujetó el chal sobre el pecho con ambas manos.

—Blanco y negro —insistió Ulises—. Muy elegante, como el ajedrez. O como las damas —añadió sonriendo—, el juego de la elegancia.

—Gracias —y Matilde también sonrió.

—Vaya, he arrancado una sonrisa del cerco de sus dientes.

Ulises miró a Matilde buscando su reacción, pero Matilde no reaccionó, continuó con la mirada fija en el parabrisas.

—Es una frase de Homero. *La Odisea*.

—No la he leído —contestó ella sin rubor.

—Sí, lo sé, me di cuenta en la cena cuando felicitó a su marido por su ocurrencia, «La aurora de rosáceos dedos» es también de Homero. Los dos nos hemos pasado de pedantes.

Matilde supo entonces por qué le apretaste la mano cuando os servían los postres, y ella te dijo que era una frase preciosa, por qué la miraste condescendiente y sintió en tu mirada la vergüenza.

—Lo siento —añadió Ulises ante el silencio de tu esposa—. No era mi intención ponerla en evidencia.

Matilde le sorprendió con su candidez:

—No he leído el libro. Pero he visto una película. Es una historia muy bonita.

Ulises le pidió que le hablara de Ulises, de Penélope, de Telémaco.

—No sé gran cosa, sólo me sé la historia —contestó con timidez.

—En una adaptación al cine, lo que queda es la historia. Cuénteme la historia.

—¿Por qué? ¿Por qué quiere que yo le cuente algo que usted ha leído y yo no?

—Porque lo que usted conoce de la *Odisea* es lo mismo que saben los espectadores que irán a ver mi película, la mayoría de ellos sólo conoce la historia.

Ulises descubrió la versión de la *Odisea* de quien no ha leído la *Odisea*. Pretendía acercarse a una visión de Homero ajena a los prejuicios literarios.

El interés que Ulises mostraba era real, y a Matilde la desconcertó. El reputado productor de cine que iba a contratar a su marido la escuchaba con atención, a ella, como nadie hasta ahora. La miraba, preguntaba, asentía.

Aquella primera cita fue el punto de partida de tu desencuentro con Matilde. Cuando llegaste al salón de la casa de Ulises, ella dejó de hablar. Regresó a su discreción, a su recato. Recordó las palabras que usaste, Ponte

guapa, se quedará impresionado, y se preguntó por qué habías tardado tanto. Te miró, y en los ojos castaños de Matilde adivinaste un reproche.

—Estábamos hablando de la *Odisea*. De los miedos de Penélope —dijo Ulises—. Es muy interesante la visión de su esposa.

Tú creíste que lo decía por hablar, por romper la frialdad que os rodeó a los tres en un instante.

—¿Ah, sí? —contestaste.

Miraste a tu mujer con cierta perplejidad. ¿Cómo podía tener ella una visión de la *Odisea*? Qué hermosa está —pensaste—, y te dirigiste a Ulises para exponer las diferencias que podrían encontrarse en la obra de Homero, según fuera contada por un hombre o por una mujer.

Ulises te escuchaba y miraba a Matilde. Tú no supiste ver en ello que deseaba incluirla en la conversación, y continuaste hablando.

Los dos hombres estabais de pie, y ella sentada y hermosa fumaba en el sofá, ruborizada. Ahora sí, ruborizada ante Ulises, por las palabras que había pronunciado cuando se encontraban los dos a solas, por las que no se atrevía a decir desde que tú llegaste. Habría sido mejor callar también antes.

La velada se desarrolló como tantas otras. Matilde permaneció callada, pero esta vez su conversación anterior con Ulises señalaba su silencio. Y su reserva habitual incluía un nuevo elemento: el rencor.

El rencor. Hacia ti, que habías hablado por ella. Hacia Ulises, que supo hacerla hablar y fue testigo de su incapacidad para seguir hablando. Hacia sí misma, que

se avergonzó por primera vez, tanto de su palabra como de su mutismo.

—Escribir este guión es muy importante para mí —le dijiste al salir a la calle. Y le cogiste la mano.

—Entiendo —contestó ella. Y su mano escapó de la tuya como se escabulle un pez.

El punto de partida. El comienzo de tu carrera literaria. El primer guión. Y después vendrían otros. Y la fama. La oportunidad de escribir una novela, de publicarla en la mejor editorial. Las traducciones. Reconocerían el genio que había en ti, y cultivaste tu aspecto de intelectual para facilitar el reconocimiento. Te dejaste crecer el pelo y estudiaste frente al espejo ademanes que lo hicieran caer sobre tus gafas con naturalidad; para retirarlo luego te resultó más fácil encontrar un gesto sencillo. Procuraste que tu vestimenta conservara el desenfado del artista y te adornaste de un cierto aire de desaliño con una barba de tres días. Un escritor debía parecerlo. Te encargarían obras de teatro que representarían los actores más brillantes, las más bellas actrices, en los mejores teatros. Tu nombre escrito en todas partes. Adrián Noguera. Tu nombre repetido en los círculos intelectuales de todo el país. Adrián Noguera. La fama. Entrevistas en prensa, radio, televisión. La superación de la penuria arrastrada.

Tu sueño crecía paralelamente a tu ambición, y eso no podías compartirlo con Matilde. Ella era tu esposa, cómplice en el terreno de lo doméstico, disfrutaría de las

mejoras económicas. Le comprarías una casa, que ella podría amueblar a su gusto.

Dos meses habían pasado desde el primer encuentro de Matilde con Ulises. Ella quería olvidarlo, y tú no la dejaste olvidar. Ahora, la memoria te trae sus negativas a acompañarte a una segunda cena con tu productor, y tu insistencia. Y no puedes dormir.

—Ulises me pregunta siempre por ti. Le impresionaste.

Dijiste, para después añadir, como si hablaras de otro tema:

—Vamos a firmar el contrato. Me pagará un buen anticipo. Podré dar la entrada de un apartamento.

Habían pasado dos meses, y ella temía un nuevo encuentro. Tú no entendías su miedo, y para animarla le propusiste visitar la casa que deseabas comprar.

Recuerdas aquel mediodía soleado —lo recuerdas bien, porque has pensado en él muchas veces—. Intentas explicarte la reacción de Matilde, la alegría que viste en ella al entrar en el piso vacío. Intentas explicártelo, una y otra vez, y no puedes. Te limitas a considerar que el agradecimiento era motivo suficiente para su alborozo. Se agarró a tu brazo, y recorrió las habitaciones prendida a ti. Matilde no quería perderte. Prendida. Interpretaste mal su gesto, y también los siguientes, cuando te besó en los labios con una pasión insólita, cuando te acarició, y se entregó a tu boca, y te pidió, allí mismo, en el suelo desnudo, que le hicieras el amor. Ella no quería perderte, por eso se quitó el vestido y se ofreció desnuda en la casa desnuda. Te sorprendió, y no la entendiste porque jamás se había arrebatado de esa forma. Ella no conocía

la desmesura, y tú no reconociste a tu esposa. Le hiciste el amor, o ella te lo hizo, y te asustó, porque era la primera vez que os entregabais así.

Respondiste a su ruego extravagante, disparatado, convencido de que te estaba agradeciendo la adquisición. Matilde no quería perderte. Después del amor se enredó en tus brazos, largo tiempo, ronroneando como un felino.

Y al salir de la casa, te rogó que la excusaras de acudir a la cena con Ulises.

—Ulises me pregunta siempre por ti.

Ulises os esperaba sentado en la última mesa del restaurante. Se levantó cuando os vio entrar y no dejó de observar a Matilde. Ella iba detrás de ti, advirtió la mirada de Ulises y mantuvo la suya en tu espalda. Cuando llegasteis a la mesa se encontraron los ojos de ambos, y fuiste tú quien sintió miedo. Te negaste a reconocerlo, pero tu miedo aumentó —ahora lo sabes—, cuando Ulises retiró la silla donde Matilde debía sentarse. Se inclinó hacia ella, le habló en voz baja:

—Tenía ganas de verla.

Lo oíste, lo oíste bien, a pesar de que las palabras de Ulises eran casi un susurro. Matilde no contestó, dejó que la ayudara a acercarse a la mesa y colocó su servilleta sobre las piernas, antes de que vosotros os hubierais sentado. Ese pequeño movimiento, demasiado rápido, te desveló que se esforzaba en controlar sus nervios.

—Usted y yo tenemos un tema pendiente —Ulises se dirigía a Matilde.

Y contestaste tú, sin mucha curiosidad, convencido de que era una forma de iniciar la charla:

—¿Ah, sí?

Matilde te miró a ti, y Ulises a ella.

—Dejamos a medias una conversación, Matilde.

Entonces te diste cuenta: a ti te llamaba Noguera, a ella la llamaba por su nombre. Matilde.

—He leído la *Odisea* —le dijo tu mujer a Ulises.

—¿Ah, sí? —volviste a decir, esta vez sorprendido, desconcertado.

Había leído la *Odisea* y no te lo había dicho. ¿Por qué? ¿Por qué la había leído? ¿Por qué no te lo había dicho? ¿Seguro que la había leído? Matilde carecía de iniciativa para la lectura, sólo leía lo que tú le recomendabas. Sentiste de pronto un desplazamiento, una leve molestia. Y ahora, al recordarlo, reconoces el orgullo en el tono de su voz:

—He leído la *Odisea*.

Y escuchas orgullo también en la voz de Ulises cuando se dirigió a ella, sólo a ella, después de que tú dijeras «¿Ah, sí?»:

—Bien. Bien. Ahora podrá decirme si el texto refuerza su teoría sobre el miedo de Penélope al futuro.

Tú ignorabas por completo que Matilde tuviera una teoría, que fuera capaz de tenerla. Tu asombro aumentó con su respuesta:

—Sí —dijo mirando alternativamente al plato, a la servilleta, a Ulises, a ti—. Penélope coquetea con los pretendientes, les da esperanzas, no los acepta, pero tampoco los rechaza. Ella teme, no sólo que Odiseo no regrese sino también escoger entre uno de los pretendientes, por eso retrasa la elección y espera a Odiseo. Casi veinte años son demasiados para esperar por amor, ella espera porque teme al futuro.

Sí, Matilde la había leído, por eso llamaba Odiseo a Ulises. Tú no entendías nada, ella veía la sorpresa en tu

rostro y exponía de prisa su argumento, sin respirar. Tuvo que callar para tomar aliento. Encendió un cigarrillo.

—Claro, y la espera mantiene el presente —reflexionó Ulises en voz alta.

Matilde tomó seguridad, Ulises le había prestado atención, había entendido lo que ella quería decir. Siguió hablando ante tus ojos atónitos. Matilde locuaz. La mirabas sin escuchar y, sin embargo, recuerdas perfectamente sus palabras:

—Exacto, la espera mantiene el presente. Por eso teje y desteje, y no un tapiz como yo creía, sino un sudario, una mortaja para Laertes, padre de Odiseo, que no quiere morir hasta que su hijo regrese. Penélope entretiene la vida y la muerte.

—¡Magnífico! —exclamó Ulises—, entretiene la vida y la muerte —Ulises se volvió hacia ti, por primera vez en aquella conversación—. Entretiene también la muerte, hasta que Odiseo no vuelva su padre no puede morir. ¡Magnífico! ¿Qué le parece, Noguera? —te preguntó.

Recuerdas la tímida sonrisa de Matilde, que te miraba expectante, su expresión al escuchar tu respuesta:

—Me parece que tengo una mujercita muy bonita, y muy lista.

La parálisis fijó la sonrisa en los labios de Matilde, demasiado tiempo, hasta que encontró el disimulo exacto para dejar de sonreír.

Perdiste. Ella te amaba. Ahí comenzaste a perderla.

Matilde no se había avergonzado nunca de su ignorancia. Y en aquella ocasión, se abochornó de lo que sabía, poco, pero más de lo que se esperaba de ella, de lo que tú esperabas de ella. Enrojeció.

Derivaste la conversación hacia otro terreno, sin atender a la perplejidad de Matilde. Tú habías llegado a la cita cargado de tu propio entusiasmo, habías tenido una idea. Y te urgía contársela a Ulises.

—Tengo una idea que le dará a la película un tono absolutamente original —dijiste, y zanjaste así cualquier intento de volver a los miedos de Penélope.

Desde aquel momento Matilde evitó mirar a Ulises, y Ulises evitó mirarla. Un pacto que no te incluía a ti. Desde aquel momento no se dirigieron la palabra, ambos te escucharon desde una intimidad recién descubierta, desde un silencio cómplice que no te incluía a ti. No te diste cuenta de que fue un acuerdo —ahora lo sabes—, de posponer su conversación. Matilde te observaba. Ulises también.

—Estoy impaciente por escuchar su idea —te dijo él, sin ninguna impaciencia.

Y tú no dejaste de hablar. Habías tenido una idea. Una idea sublime. Insólita. Tu idea. Y comenzaste a contársela a Ulises, orgulloso y feliz, pletórico.

—La *Odisea* en Irlanda —contestaste, buscando la sorpresa en su rostro.

—¿La *Odisea*... en Irlanda?

Lo habías conseguido, sorprenderle. Ulises dejó en el plato el tenedor que había comenzado a llevarse a la boca y se inclinó hacia ti para escucharte más de cerca.

—¿Cómo que la *Odisea* en Irlanda?

Tú comenzaste a explicarle las dificultades de encontrar las referencias homéricas en el *Ulises* de Joyce. La película haría esa búsqueda.

—Tanto la *Odisea* como el *Ulises* son una relación de capítulos inconexos que cuentan una historia. Nosotros

haremos la fusión de los dos textos basándonos en lo que Joyce quiso que tuvieran en común.

—¿Está seguro de lo que dice? —replicó Ulises, incrédulo.

Continuaste explicando tu idea mientras Matilde te observaba. Sorprendida de tu entusiasmo, de tu vitalidad, de tu transformación. Y comenzó a juzgarte, y cuando lo hizo, aún te amaba.

Ella te había visto por la mañana, en el apartamento recién estrenado, trabajando en tu estudio. Permaneciste de pie, frente a la ventana, con las manos juntas delante de la boca, los dedos tamborileando unos contra otros, los ojos entornados, demasiado tiempo para estar sólo mirando. Y después, te había visto sentado ante tu mesa de trabajo, rodeado de libros y cuadernos abiertos, subrayados, anotados. Te había visto, un cigarrillo en la mano izquierda y la pluma en la derecha, y observó cómo te los llevabas alternativamente a los labios mirando al aire, demasiado tiempo para estar sólo pensando.

Cuando te vio relatar tu idea con aquel entusiasmo febril, excesivamente ingenuo para resultar convincente, supo que por la mañana te encontrabas perdido. Supo que no eras capaz de pensar, que esperabas. Habías tenido una idea. Qué hacer con ella. La idea que tú creías genial planteaba problemas. Esperabas que las soluciones te encontrarán, como te había encontrado la idea, sin buscarla. Esperabas recursos ingeniosos que sorprendieran a Ulises. Epatar al productor. Esperabas.

Después de cenar, Ulises volvió a invitaros a su casa a tomar una copa.

—Estoy cansada —dijo Matilde antes de que aceptaras la invitación.

—¡Vamos! —replicó Ulises.

Ella te miró a los ojos, y tú no quisiste ver su súplica.

—¡Vamos! —repitió el productor—, será sólo un momento, aún no hemos acabado de hablar.

—Ah, sí. Por supuesto que no hemos acabado. Le revelaré a Ulises la relación entre Calipso y Molly Bloom.

Mientras le colocabas a Matilde su capa sobre los hombros, señalaste a Ulises con el dedo y guiñaste un ojo.

—Gibraltar —susurraste, como quien anticipa la clave de un secreto.

—Ya lo ve, Matilde. No podemos perdérselo. Nos espera una gran revelación. Gibraltar. Molly Bloom. Calipso —Ulises declamó los nombres, histriónico.

—Pero yo estoy cansada. Podrían ir los dos. Yo tomaré un taxi.

Te extrañaba la reticencia de Matilde. Te sorprendió que antes hubiera olvidado su discreción y ahora casi faltara a las normas de cortesía permitiendo que Ulises insistiera.

—De ninguna manera —le dijo él cogiéndole las manos; tú aún tenías las tuyas sobre sus hombros—, jamás la dejaría irse sola.

Ulises la miraba, le hablaba, por primera vez desde que la llamaste bonita y lista. Matilde te daba la espalda, por eso no viste que le miraba también. Sentía la presión de tus manos, la caricia en las manos de él.

—¡Vamos! —dijiste tú.

—¡Vamos! —le rogó Ulises.

Ella se desprendió de sus manos y de las tuyas, y contestó:

—Vamos.

De nuevo un coche de dos plazas para ellos, y un taxi para ti. Esta vez le pediste al taxista que corriera.

Y ahora te preguntas, como entonces, cuando seguías al deportivo rojo que llevaba a Ulises y a tu mujer, de qué hablarían. Veías sus cabezas desde lejos con claridad, hasta que un semáforo obligó a parar al taxista. Los perdiste, y te pareció que cuando se alejaban habían comenzado a charlar. Tu inquietud se convirtió en impaciencia al verlos desaparecer:

—Por favor, dese prisa. ¿No ve que vamos a perder a ese coche? —gritaste.

—Oiga, que no estamos en el cine. ¿No ve que está rojo?

Nunca había tardado tanto un semáforo en cambiar de color.